

me agude, y conyerta á V. E. y lo guar-
 de como se lo pido etc. y le dese ver que
 desde 25 de octubre del año pasado le
 mantuvo al Rey en sus cartas que el no
 quoser esa corte ministro nuestro en las
 conferencias era por darnos la ley y que
 en 5 y 6 de marzo de este año le hizo Max-
 repas abrazar el partido opuesto que tan
 ciegamente ha seguido y sigue.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



Cup. 405. a. 4

ARENCA,

PRONUNCIADA POR EL DOCTOR

DON GREGORIO FUNEZ,

SOBRE LA

VICTORIA DE

AYACUCHO.

RESUMEN SUCINTO

LA VIDA DEL

GENERAL SUORE.

BUENOS AIRES:

REIMPRESO EN LA IMPRENTA DE HALLET.

1825.

ARENGA

PRONUNCIADA POR EL DOCTOR

DON GREGORIO FUNES,

SOBRE LA

VICTORIA DE

AYACUCHO.

RESUMEN SUCINTO

LA VIDA DEL

GENERAL



BUENOS AIRES:
COMISION EN LA IMPRENTA DE BALLE.

1837

ARENGA,

PRONUNCIADA POR EL DOCTOR

DON GREGORIO FUNES,

EN LA CASA DE SU MORADA, DONDE SE REUNIERON LOS

PATRIOTAS PARA DAR PRINCIPIO A SU PÚBLICO

REGOCIJO POR LA

VICTORIA DE AYACUCHO.

ARENGA

COMUNIDAD DE LOS HONORABLES

DON GREGORIO RAMOS

EN LA CASA DE SU MONTE, JUNTO A LA VILLA DE

SANTO DOMINGO DE LOS RIOS, A SU MONTE

A LOS SEIS DE ABRIL DE 1821

VICTORIA DE AYACUCHO



... con las virtudes del héroe que es el objeto
 de vuestros elogios. **ARENGA.**
 ... con esta voz que es el eco de la
 generosa almas de un patriotismo su-
 blime que inspira de vuestros virtudes
 con la victoria de Ayacucho el día 9 de
 diciembre de 1820.

Hombres magnánimos, cuya lengua es-
 cogió el cielo para que pronunciase por
 la primera vez entre nosotros el santo
 nombre de la **LIBERTAD**, y vosotros ciu-
 dadanos virtuosos, en cuyos pechos reso-
 nó el eco sonoro de esta voz, á vosotros es
 justamente á quienes corresponde tribu-
 tar este noble homenaje al hombre singu-
 lar (el gran **BOLIVAR**) que acaba de sobre-
 ponerse á todos los encomios de los mor-
 tales. A las almas generosas es á quienes
 toca honrarse mutuamente. Aquel valor
 heroico con que desafiasteis el año 10 á la
 nacion que se llamaba señora de dos mun-
 dos, aquel temple de constancia que siem-
 pre habeis manifestado en los caminos
 llenos de precipicios de la revolucion, en
 fin, aquella fidelidad á la **PATRIA** siempre
 victoriosa, que quitó á las pasiones mas
 vehementes aun la esperanza de tentaros;
 todo esto, digo, tiene una grande afimidad

con las virtudes del héroe, que es el objeto de vuestros generosos obsequios. Preciso era que unos corazones nutridos con la generosa altivez de un patriotismo sublime palpitasen de regocijo, viendo ya con la victoria de AYACUCHO cerrado el largo período de sus afanes, y al SOL DE AMERICA en el medio dia de su carrera.— El precioso esplendor de esta luz viva, al paso que asegura para siempre nuestra prosperidad, nos descubre de un modo nuevo al inmortal héroe de esta empresa. Yo dejo á otros el honor de que celebren sus triunfos militares, porque me limito á otro mas bello que él acaba de conseguir sobre sí mismo. Ya habeis visto ciudadanos en su proclama, que renunciando la suprema dictadura del Perú, él ha tenido valor para romper la copa encantadora de la ambicion; su propio mérito conspira contra él mismo en esta lucha; sin embargo él deja que murmure su amor propio, y renunciando los favores de la fortuna, se encierra en el seno de su virtud.— Pueblo generoso, ved aquí al LIBERTADOR BOLIVAR nunca mas grande que cuando se



anonada, y nunca mas en la cumbre de su gloria, que cuando se empeña en bajar de ella; su modestia no exige de vosotros estas generosas demostraciones, pero su gratitud las reconoce como una deuda; y yo aunque sin título, me tomo la libertad de aseguraros que jamas deuda será mas bien pagada. Ciudadanos, marchemos pues llevando en triunfo hasta el Obelisco de la plaza (primer monumento levantado á la LIBERTAD) á este gran héroe, que en la carrera del honor tiene tan pocos imitadores, y á quien la PATRIA debe sus mas venturosos destinos.

atendida y nunca mas en la compra de
su gloria que cuando se compra en bajar
de ella; en modestia no exige de vosotros
estas generosas demostaciones, pero en
gratitud las reconoce como una deuda; y
yo cuando sin título, me tomo la libertad
de agradeceros que jamás deuda será mas
bien pagada. Ciudadanos, marchemos
que he venido en fin al Obleisco
de la plaza (primer monumento levantado
a la Libertad) a este gran héroe, que en
la carrera del honor tiene tan pocos imi-
tadores, y a quien la PATRIA debe sus mas
venturosos destinos.

EL EDITOR AL PUBLICO.

La lectura de los grandes principios no es tan provechosa como la de las grandes acciones. Los hechos son los que prueban, y cuando son ejecutados por alguno que nos pertenece, nos vemos arrastrados del atractivo de su ejemplo. Movido de estas consideraciones, es que me he apresurado á que se reimprima un ejemplar de la vida del General Sucre, impresa en Lima despues de la victoria de Ayacucho. Un americano, como él, no la leerá para satisfacer una vana curiosidad, sino para conformar su vida á todo lo que hay de mas laudable y digno de un ciudadano. Como la virtud crece y se fortifica por el horror del vicio, el que le profesa el General Sucre llevará la nuestra á su perfeccion. Veremos por fin, que aunque la victoria de Ayacucho es una de las mas gloriosas que presentará la historia, él se aplaude menos de este honor, que del placer de haber quebrado el último eslabon de la infame cadena peninsular, y de que la patria quede tranquila al abrigo del patriotismo, que ella inspira. G. F.

MAPPA

La lectura de los grandes principios no es tan provechosa como la de las grandes acciones. Los hechos son los que impresionan y cuando son ejecutados por alguno que nos pertenece, nos vemos atraídos del atractivo de su ejemplo. Movido de estas consideraciones, es que me he permitido a que se reimprima un ejemplar de la vida del General Sucre impresa en Lima después de la victoria de Ayacucho. Un americano como él, no la leerá para satisfacer una vanidad, sino para confortar su vida a todo lo que hay de más laudable y digno de un ciudadano. Como la virtud crece y se fortifica por el horror del vicio, el que le preceda el General Sucre llevará la nuestra a su perfección. Veremos por fin, que aunque la victoria de Ayacucho es una de las más gloriosas que presentará la historia, él se aplaude menos de este honor que del placer de haber quebrado el último eslabón de la infame cadena peninsular, y de que la patria que de trasquila al abrigo del patriotismo que ella inspira.

G. E.

RESUMEN SUCCINCTO
 DE LA VIDA DEL
GENERAL SUCRE.

RESUMEN SUAVISIMO
DE LA VIDA DEL
GENERAL SUCRE

de valientes que no pasaban de ciento.
VIDA DE SUCRE
El General Antonio José de Sucre nació en la Ciudad de Cumaná, en las provincias de Venezuela, el 3 de Febrero de 1795, de padres ricos y distinguidos. Recibió su primera educación en la Capital de Caracas. En el año de 1808, principió sus estudios de Matemáticas, para seguir la carrera de ingenieros. Empezada la revolución, se dedicó a esta arma, y mostró desde los primeros días una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el general Sucre, salió a campaña. Sirvió a las órdenes del general Miranda con distinción, en los años 11 y 12. Cuando los generales Mariño, Piar, Bermudes, Valdes, emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre los acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado

de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia, y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná, se encontraba, de ordinario, al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres ó cuatro compañías de voluntarios, que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El general Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes.

El general Sucre sirvió al E. M. G. del ejército de Oriente, desde el año de 14 hasta el de 17, siempre con aquel celo, talento, y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo, más, con una modestia; con esa gracia con que hermosa cuanto cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesaria-

mente nacen de la guerra, y de la revolución, el general Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejo, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y al buen camino. El era el azote del desorden, y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador, y al gobierno, lo ponían á menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad, semejante á una roca combatida por las olas, clavando los ojos en la patria, en la justicia, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía.

Después de la batalla de Boyacá, el general Sucre fué nombrado jefe de E. M. G. Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al general Briceño, y coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el general Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el génio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el

mas bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fué destinado, desde Bogotá, a mandar la division de tropas, que el gobierno de Colombia puso a sus ordenes, para auxiliar á Guayaquil que se habia insurreccionado contra el gobierno español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortez, activo, audaz.

Las derrotas consecutivas pusieron á Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el general Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el general Sucre, pues, dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfó en Yaguachi, y libró así á Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El general Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habrian alcanzado. La des-

treza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha, se debe á esta hábil negociacion; porque sin ella, aquella célebre jornada no habria tenido lugar. Todo habria sucumbido, entonces, no teniendo á su disposición el general Sucre, medios de resistencia.

El general Sucre formó, en fin, un ejército respetable, durante aquel armisticio, con las tropas que levantó en el pais, las que recibió del gobierno de Colombia, y con la division del general Santa Cruz, que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos, á los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecian invencibles: la naturaleza le ofrecia obstáculos, privaciones y penas durisimas: mas á todo sabia remediar su génio fecundo. La

batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fué nombrado, en premio de sus servicios, general de division, é Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él á su Libertador, su amigo: se mostraban mas satisfechos del gefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco, bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se subleva poco despues de la capitulacion que les concedió el Libertador: con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido, obligó al general Sucre á marchar contra él, á la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia Colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto, fueron franqueados por los invencibles de Colombia. El general Sucre los gñaba, y Pasto fué nuevamente reducida al deber. El general Sucre, bien pronto, fué destinado á una doble mision militar y

diplomática, cerca de este gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República, para intervenir en la ejecucion de las operaciones de las tropas Colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó á esta capital, que el gobierno del Perú instó repetida y fuertemente para que tomase el mando del ejército unido: él se denegó á ello, siguiendo su deber y su propia moderacion, hasta que la aproximacion del enemigo con fuerzas muy superiores, convirtió la acepcion del mando, en una honrosa obligacion. Todo estaba en desórden: todo iba á sucumbir sin un gefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El general Sucre tomó á su pesar el mando.

El Congreso que habia sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso á este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al general Sucre para que obrase militar y políticamente como gefe supremo. Las circunstancias eran terribles, y urgentísimas: no habia que vacilar, sino obrar con desicion.

El general Sucre renunció, sin embargo, el mando que le conferia el Congreso, el que siempre insistia con mayor ardor en el mismo empeño, como que era el único hombre que podia salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba á las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército, que la guarnecian, eran de diferentes estados, de diferentes partidos: el Congreso y el poder ejecutivo luchaban de mano armada: todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusion, y al parecer el general Sucre era responsable de todo. El, pues, tomó la resolucion de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se habia determinado de antemano por parte del Congreso y del poder ejecutivo. Aconsejó á ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El general Sucre tenia órdenes positi-

vas de su gobierno de sostener al del Perú; pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fué su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si habia tomado el mando militar, habia sido con suma repugnancia, y solo por complacer á las autoridades peruanas; pero bien resuelto á no ejercer otro mando, que el estrictamente militar. Tal fué su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir, si la verdad dicta estas lineas.

Las operaciones del general Santa Cruz en el alto-Perú habian empezado con buen suceso, y esperanzas probables. El general Sucre habia recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas hacia aquella parte. En efecto dirige su marcha con tres mil Colombianos y Chilenos, desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre sus comunicaciones con

el general Santa Cruz que se hallaba en el alto-Perú; á pesar de no recibir demanda alguna, de dicho general, de auxilios, dispoue todo para obrar inmediatamente contra el enemigo comun. Sus tropas habian llegado muy estropeadas, como todas las que hacen la misma navegacion; los caballos y bagages habia costado una inmensa dificultad obtenerlos; las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo, todo se ejecutó en pocas semanas. Ya la division del general Sucre habia recibido parte del general Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas despues de la recepcion de este parte estaba en marcha cuando se recibió el triste anuncio de la disolucion de la mayor parte de la division peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El general Sucre tuvo una entre-vista con el general Santa Cruz en Moquegua; y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La division que

mandaba el general Sucre, vino á Pisco, y de allí pasó, por órden del Libertador, á Supe, para oponerse á los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los Españoles.

En estas circunstancias el general Sucre instó al Libertador, por que le permitiese ir á tomar el Valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al general Canterac, que venia del Sud. Riva-Agüero habia ofrecido cooperar á esta maniohra; mas su perfidia pretendia enganarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles sus auxiliares. Tan miserable treta, no podia aluciar al Libertador que la habia previsto con anticipacion, ó mas bien, que la conocia por documentos interceptados de los traidores, y de los enemigos.

El general Sucre dió en aquel momento un brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo habia calumniado atrocmente; lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambicion del Libertador; el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre

ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él, que siguiese como un espectador, y no como un gefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. El decia que de ningun modo convenia la intervencion de los auxiliares en aquella lucha, é infinitamente menos la suya propia; porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, segun se dijo, á los vehementes clamores del general Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el general La-Fuente por su noble resolucion de ahogar la traicion de su gefe, y la guerra civil de su patria, prendió á Riva-Agüero y sus cómplices. Entonces el general Sucre volvió á tomar el mando del ejército; lo acantonó en las provincias de Huaylas, donde se le ordenó; y allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado á las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel de-

partamento habia producido muy poco, ó nada al estado. Sin embargo, el general Sucre establece el órden mas estricto para la subsistencia del ejército, conciliando á la vez, el sacrificio de los pueblos, y disminuyendo el dolor de las escacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fué, que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitian.

Sucre tuvo órden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo ejecutó con el esmero que acostumbra, y dictó además aquellas providencias preparatorias, que debian servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traicion del Callao, y de Torre-Tagle llamaron los enemigos á Lima, el general Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones péfidas, que se extendió en todo el territorio contra la libertad del pais, la gloria del Libertador, y el honor de los Colombianos. El general Sucre combatió con suceso á todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus

manos resmas de papel para impugnar á los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener á los buenos, y para confortar á los que empezaban á desfallecer por los prestigios del error triunfante. El general Sucre escribía á sus amigos, que mas interes habia tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia, ó perteneciese á su familia. Jamás habia desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados; ellos lograron retener en la causa de la patria á muchos, que la habrian abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este general tomó al mismo tiempo á su cargo la direccion de los preparativos, que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al valle de Jauja, por encima de los Andes, heladas y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios, debidos sin duda tanto á los pueblos peruanos, que los presentaban, como al jefe que los habia ordenado tan oportuna y discretamente.

El general Sucre despues de la accion de Junin se consagró de nuevo á la mejo-

ra y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venian de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo general; estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrian perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos á tan piadoso servicio. Para el general Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria parece glorioso. Ninguna atencion bondadosa es indigna de su corazon; él es el general del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña, durante el invierno que entraba, el general Sucre desplegó todos los talentos superiores, que lo han conducido á obtener la mas brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operacion insigne, comparable quizá á lo mas grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo que poseia infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos

veíamos forzados á desfilat sobre riscos, gargantas, rios, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecucion: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre. La disposicion de ella ha sido perfecta, y su ejecucion divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora á los vencedores de catorce años, y á un enemigo perfectamente constituido, y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperacion de nuestros enemigos. Ayacucho semejante á Waterloó, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla, y contemplarla asentada en el trono de la libertad, dictando á los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza.

El general Sucre es el padre de Aya-

cucho: es el redentor de los hijos del Sol es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. *La posteridad representará á Sucre con un pie en el Pichincha, y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac, y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.*